

Reflexiones sobre la relación entre lugar y comunidad¹

Claudia Barros

Universidad Nacional de Luján. División de Geografía
Int. Ruta, 5 y 7. 6700 Luján. Argentina
cbarros@unlu.edu.ar

Data de recepció: febrer 2000

Data d'acceptació: maig 2000

Resumen

La vinculación entre lugar e identidad ha sido un tema central para la geografía humanista. No obstante, a la luz de desarrollos recientes de las ciencias sociales en general, resulta adecuado insistir en la problematización del primer concepto, ahora centrando la atención en torno a las formas en que los lugares se constituyen, en función de la relevancia que dicha conceptualización tiene en los discursos políticos asociados con la cuestión del desarrollo local.

Palabras clave: lugar, desarrollo local, comunidad, geografía humanística, teoría de la estructuración.

Resum. *Reflexions sobre la relació entre lloc i comunitat*

La qüestió del lloc vinculat amb la identitat va ésser el tema central per la geografia humanista. Encara, tenint en compte els desenvolupaments recents de les ciències socials, resulta adequat insistir en la problematització d'aquest concepte centrant l'objectiu cap a l'estudi de les formes en què els llocs es construeixen, especialment si tenim en compte la seva revifalla en els discursos polítics associats amb el tema del desenvolupament local.

Paraules clau: lloc, desenvolupament local, comunitat, geografia humanística, teoria de l'estructuració.

Résumé. *Réflexions sur les liens entre lieu et communauté*

Les liens entre lieu et communauté ont été un sujet central pour la géographie humanistique. En tout cas, suivant les développements récents des sciences sociales, c'est bon d'insister sur la problématique du premier concept, mettant l'attention autour des formes constituées par les lieux, en fonction de l'importance que cette conceptualisation a pour les discours politiques associés avec la question du développement local.

Mots clé: lieu, développement local, communauté, géographie humanistique, théorie de la structuration.

1. Agradezco a Marcelo Escolar la lectura crítica de una primera versión de este trabajo. También a Perla Zusman y a Javier Nastri por sus oportunas observaciones.

Abstract. *Considerations on the relation between place and community*

The issue of place linked with the identity has been a central topic in humanistic geography. Notwithstanding, by the light of new developments in the social sciences in general, it would be interesting to stress in the problematization of these concept, now putting the focus in the ways places are constructed, taking into account the re-arrise of places into political discourses about local development.

Key words: place, local development, community, humanistic geography, structuration theory.

Sumario

Introducción	Teoría de la estructuración y conceptualización del lugar
Lugares, comunidades, identidades. Geografía humanista y perspectiva sociológico-valorativa	Comentarios finales
Lugar, espacio y escalas de análisis	Bibliografía

Introducción

Las propuestas de desarrollo local que, especialmente desde la década de 1980, vienen adquiriendo protagonismo en el debate político, contribuyeron a traer nuevamente a escena un viejo concepto: el de lugar. Pronto se vio que para cumplir los objetivos vinculados con dichas propuestas resultaba imprescindible, además de la creación de nuevas instituciones, definir un área de un tamaño apropiado como para convertirla en la unidad territorial de los procesos de desarrollo local. Esa unidad territorial frecuentemente comenzó a ser identificada con el «lugar».

Tradicionalmente, tanto desde la geografía como desde las ciencias sociales en general, se ha identificado al lugar con ámbitos de residencia a través de los cuales, tanto individuos como comunidades, construyen su identidad. Esta concepción del lugar se encuentra a menudo en la base de los discursos políticos centrados en la cuestión del desarrollo local, al que se observa como legítimo, democratizante y como una opción frente a las tendencias globalizantes. Resulta funcional a estas concepciones la importancia otorgada en la discusión en ciencias sociales al proceso de globalización, lo que ha motivado la reaparición del lugar y de lo local como objeto de estudio en clave de visualizaciones nostálgicas que asocian el desarrollo de nuevas tecnologías de comunicación e información a la despersonalización de las relaciones sociales, por medio de las cuales se reemplazaría la sociabilidad basada en la copresencia por la fría comunicación mediática.

Así las cosas, es objetivo de este trabajo revisar la noción de lugar identificando diferentes tradiciones. Como se dijo, la relevancia de esta revisión crítica reside en el renovado interés con el que las políticas de desarrollo local

consideran al lugar. Si bien no es objetivo de este trabajo agotar el análisis de las implicancias políticas de las diferentes conceptualizaciones del lugar, sí lo es examinar un escenario en el cual diferencias teóricas con respecto a un concepto geográfico poseen implicancias respecto de eventuales acciones políticas.

De acuerdo con este objetivo general, se pasará revista a algunas caracterizaciones del lugar que se consideran claves para la problemática en cuestión. Así, se comentarán algunas reflexiones realizadas desde una tradición geográfica de raíz fenomenológica, en las que los conceptos de identidad y de sentido de lugar ocuparon un papel central. Vinculados en parte con esta tradición, se hará referencia a discursos provenientes de una visión sociológico-valorativa, en la que aparece adjetivado positivamente el sentimiento de pertenencia y de identificación con un lugar, por oposición al sentimiento de deslocalización, del que se subrayan los aspectos negativos. Como opción a estas concepciones, se presentará un segundo grupo de abordajes relacionados con la teoría de la estructuración, que, proveniente de un campo distinto del geográfico, vino a revalorizar una visión en la que el lugar, lejos de aparecer como algo dado, es abordado a partir del esclarecimiento de la forma en que se constituye. También, dentro de este grupo, se destacarán las posibilidades de las perspectivas que subrayan la importancia que, en la construcción de lugares, tienen las relaciones con «el afuera». Debido a su potencial crítico, se considera a este último grupo de abordajes como el más pertinente para el análisis de los lugares, teniendo en cuenta sus posibles implicancias para el desarrollo de propuestas políticas. El modo en que estas perspectivas encaran el análisis de los lugares permite observar la compleja y cambiante gama de situaciones «particulares» que, a diferencia de lo que podría haber ocurrido algunas décadas atrás, caracterizan a los ámbitos locales de la actualidad, en los que es posible identificar superposiciones cada vez más notables de tiempos, de formas y de dinámicas que contribuyen a que los «lugares» de nuestro tiempo disten notablemente de ser esos ámbitos geográficos en los cuales es posible descubrir significados fijados a territorios.

Lugares, comunidades, identidades. Geografía humanista y perspectiva sociológico-valorativa

Si bien han existido, durante la segunda mitad del siglo XX, cierto número de tradiciones, tanto vinculadas con la geografía como con otras disciplinas, en las que el concepto del lugar ha tenido un papel central (geografía social francesa, escuela de los Annales de historia social, geografía cultural e histórica norteamericana, entre otras), éstas han ocupado un sitio marginal con respecto al debate en ciencias sociales, centrado en un análisis universalizador y globalizante y, al decir de Wallerstein, profundamente etnocéntrico. Poco espacio quedaba para las perspectivas «localistas» durante la Pax Americana de los años cincuenta y sesenta (Agnew, 1987). Sin embargo, desde mediados de la década de 1970 y especialmente en el mundo anglosajón, con el desarrollo de la

geografía humanista de raíz fenomenológica, se puso el acento en el análisis del mundo vivido con especial énfasis en la cuestión del lugar (García Ramón, 1985; Moraes, 1987)². Para esta geografía, el lugar es centro de significado y foco de vinculación emocional para las personas, a la vez que puede ser identificado con un área delimitada y discreta de la superficie terrestre. Para esta corriente, el lugar es concebido como una porción concreta del espacio con una especial carga simbólica y afectiva. Sintéticamente y desde este punto de vista, la idea de espacio lleva una carga abstracta e indiferenciada, mientras que la de lugar está asociada a significados y valores determinados. De este modo, a medida que un espacio concreto se carga de significados y valores específicos, se va convirtiendo en un lugar (Nogué, 1989).

Al respecto, el geógrafo chino-americano Yi-Fu Tuan, quien ha producido «la más original y coherente contribución» de la geografía humanista (Agnew y otros, 1996), considera que:

[...] lugares son localizaciones en las que las personas tienen larga memoria, enriqueciendo, con las indelebles impresiones de su propia niñez, al sentido común de las generaciones futuras. Se puede sostener que los ingenieros pueden crear localizaciones, pero que el tiempo es necesario para crear lugares. (Tuan, 1996: 455)

Resulta sugerente el hecho de que «lugar» aparezca incluido dentro del género «localizaciones», del cual puede ser aislado por poseer una diferencia específica: el lugar está cargado de significados ganados a través del tiempo; así, una esquina puede ser un lugar, mientras que una calle comúnmente no lo es, salvo que se transforme en centro de una festividad, según un ejemplo del autor.

Tuan sugiere una distinción fundamental entre dos tipos de lugares: *public symbols* y *fields of care*. Los primeros son portadores de una alta representatividad y motivan atención e incluso temor; los segundos, en cambio, se encuentran «disimulados» visualmente, no resultan obvios para los extraños y motivan afecto en sus residentes. Un monumento es, claramente, un *public symbol*, mientras que una esquina barrial es la imagen más nítida de un *field of care*.

Es posible observar, entonces, cómo el concepto de lugar aparece ligado al de comunidad por una especie de magia simpática, por medio de la cual un concepto de raíz antropológica —comunidad— se asimila a uno de raíz geográfica —lugar— (Escolar, 1996), a los que luego se le sumará, como consecuencia lógica de la existencia de una comunidad, la identidad, que pasa así de ser un concepto que relaciona individuos particulares con comunidades de referencia, a ser un concepto que relaciona individuos con lugares como ámbi-

2. Vale aclarar que existen diferencias en cuanto al posicionamiento de la geografía humanística. Mientras que, por ejemplo, para García Ramón (1985) constituye una clara alternativa frente a la geografía de raíz neopositivista, Moraes (1987) engloba a ambas bajo la denominación común de «geografías pragmáticas».

tos geográficos diferenciados. Anne Buttimer se refiere del siguiente modo a la relación entre lugar e identidad:

Cualquiera que sean sus fuentes de explicación, los estudios sobre el sentido del lugar analizan varios temas que se repiten constantemente. Parece que el sentido de identidad personal y cultural de la gente está íntimamente unido al de identidad del lugar. La pérdida de la tierra natal o «la pérdida del lugar de uno» puede con frecuencia desencadenar una crisis de identidad. (Buttimer, 1985: 228)

La idea de comunidad, si bien no se encuentra explicitada aquí, subyace en la concepción de la autora, quien, por otra parte, propone que se abandone el énfasis puesto en la oposición «los que están adentro» *versus* «los que están afuera» y que se reflexione en torno al lugar a partir de la dualidad hogar-campo de movimiento, como una distinción útil para georreferenciar dos movimientos recíprocos existentes en la mayoría de las formas de vida. En este sentido, Buttimer adopta una visión mucho menos estática y esquemática que Relph, quien se refiere a actitudes auténticas e inauténticas respecto del lugar, asegurando que «el sentido del lugar puede ser auténtico y genuino o puede ser inauténtico, inventado o artificial» (Relph, 1976: 63). Caracterizando lo que considera actitudes auténticas e inauténticas hacia el lugar, Relph sostiene que:

Una auténtica actitud hacia el lugar comprende una directa y genuina experiencia de la identidad del lugar, no mediada ni distorsionada a través de una serie de arbitrarias modas sociales e intelectuales acerca de cómo debe ser experimentado, ni a través de convenciones estereotipadas. (Relph, 1976: 64)

Abundando en su distinción conceptual, este autor considera que los pueblos «primitivos» posean una actitud auténtica hacia el lugar que se fue perdiendo a medida que ha transcurrido la historia, especialmente a partir del Renacimiento. Como buenos ejemplos de lugares creados auténticamente, Relph propone a la Atenas helénica, a la catedral de Chartres o a los asentamientos coloniales de América del Norte, donde los nuevos pobladores que habían roto con sus raíces europeas, debieron construir unas nuevas³.

Además de creados, los lugares pueden ser experimentados con diversos «grados de autenticidad», constituyendo una expresión de gran «inautentici-

3. Una perspectiva muy distinta, si bien se refiere a la reconstrucción y no a la construcción de un lugar, presenta M. de Oliver cuando comenta la reconstrucción de la misión hispánica The Alamo, San Antonio, Texas, en la cual la identificación con la hegemonía anglo ha tenido un papel fundamental. Si bien no es el caso extendernos sobre el particular, resulta notable la forma en que la construcción de «raíces» con que Relph asocia a los establecimientos europeos en América, pueden ser objeto de una visión mucho menos idealista y mucho más centrada en la construcción de un discurso políticamente intencionado (de Oliver, 1996).

dad» la actitud *kitsch* relacionada con el consumo turístico de lugares. Lo más común en la sociedades actuales, dice Relph, es encontrar actitudes inauténticas transmitidas por los medios masivos, los que, directa o indirectamente, alienan la «deslocalización».

Ciertas aristas de la postura de este autor revelan similitudes con afirmaciones cercanas a la teoría rousseuniana del buen salvaje, la cual ha sido largamente discutida. Lo que sin duda resulta riesgoso es el hecho de suponer que existen formas auténticas de construir o de experimentar un lugar, frente a otras que no lo son, ya que esto implicaría la existencia de individuos con cualidades superiores o más adecuadas que las de otros, es decir que, mientras algunos serían el «genio del lugar», «el guardián “no consciente” de la socialidad» (Maffesoli, 1990: 218), otros carecerían de este sentimiento auténtico.

De acuerdo con la perspectiva de Maffesoli, el proceso de agregación social alrededor de un espacio determinado, constituye un dato básico para entender las formas de proceder social (Maffesoli, 1990). Para este autor, la materialidad generada por el «estar juntos» es un condicionante de peso a la hora de considerar las cuestiones relativas a la sociabilidad. Maffesoli identifica a la sociabilidad de nuestros días con un movimiento de vaivén masas-tribus en el que resulta hegemónica la actitud de «revolotear» de un grupo a otro, con una fluidez característica de lo que él denomina «neotribalismo», en la que es menos importante la finalidad perseguida por cada uno de los grupos constituidos que la energía incorporada a la constitución de los mismos. Sin embargo, cabe hacer la aclaración de que los microgrupos no pueden ser entendidos si no es en el interior de un conjunto social mayor, dentro del cual, los distintos microgrupos pueden atraerse o repelerse (Maffesoli, 1990).

Hasta aquí, la relación proxemía-tribalismo contemporáneo. Pero el autor llega más allá, ya que considera que la constitución de microgrupos nos remite a la vieja noción de comunidad y, desde allí, Maffesoli identifica comunidad con «barrio» y, en definitiva, con un lugar. Es así como Maffesoli pasa de una proxemía en clave antropológica —vinculada con la idea de comunidad— a una proxemía en clave geográfica —vinculada con la idea de lugar— (Escollar, 1996).

Un ejemplo en que los procesos de formación de una comunidad y asentamiento en un lugar son entendidos recíprocamente —o por lo menos en íntima relación— lo constituye el análisis de pequeñas comunidades que realizaron Elías y Scotson (1994) como una versión miniaturizada de un tema que consideran universal. En un caso analizado, existía un grupo hegemónico y uno periférico, lo cual no tendría nada de particular si no fuera que ambos grupos no podrían ser distinguidos por su situación de clase (los dos estaban constituidos por obreros), ni étnica ni política, sino sólo, al decir de los autores, por el tiempo de residencia en el lugar, lo que aparecía traducido en un diferente grado de cohesión. Para Elías y Scotson, el caso ofrece la posibilidad de delinear un «paradigma empírico» que permitiría distinguir lo que ellos denominan *established* de los *outsiders* (Elías y Scotson, 1994).

La crítica central que puede hacerse a las posturas hasta aquí presentadas es que en ellas los argumentos que reivindican al lugar, por lo general, se valen de una asociación con el concepto de comunidad, en la que no se explicita el mecanismo asociativo. A partir de esta situación, la vinculación entre lugar y comunidad provee un concepto —el de lugar— que es visto como sólido y desproblematizado, a la discusión académica y al debate político; es en éste último donde todo el sentido común asociado con el lugar suele convertirse en operativo para la acción política. Sin embargo, una mirada algo más cuidadosa, muestra que la relación mencionada no tiene por qué ser necesaria, lo que implica que, si bien en ciertos casos puede observarse una identificación entre los dos términos, sería incorrecto suponer que se encuentran siempre asociados, ya que si bien un lugar, en su proceso de diferenciación con respecto a otros, puede convertirse en un objeto dador de identidad para un sujeto determinado, esto no tiene por qué implicar, necesariamente, la existencia de una comunidad con un alto grado de intimidad personal derivado de la copresencia.

Identificar una categoría de origen espacial, en este caso el lugar, con una de origen antropológico-social, como la comunidad, produce de hecho un efecto de «fetichización» de lo espacial (Urry, 1996). De esta forma, la dimensión social, portadora de una tradición en la que la problematización de conceptos ha sido moneda corriente, termina por adherirse a la espacial, que aparece como una dimensión mucho más desproblematizada. Así, los lugares se convierten en cuerpos sociales y, muchas veces, en cuerpos políticos de las democracias representativas.

Es posible vincular esta crítica con otra que tiene que ver con situaciones coyunturales: de acuerdo con Massey, dentro de la literatura académica y también más allá de ella, existe una orientación continuada que tiende a identificar a los lugares con sitios de nostalgia y con ámbitos de opción frente al progreso y la historia. En este sentido, y especialmente desde finales de la década de 1980, muchos reclamos nacionalistas, regionalistas y localistas dirigieron sus esfuerzos a dotar a sus lugares de referencia con identidades fijas, significados particulares y reclamos propios. La visión del lugar en que descansan estas posiciones políticas, pero también muchas aproximaciones académicas, tiende a delimitar a los lugares y a otorgarles características de autenticidad, singularidad, fijeza y no problematidad en lo que se refiere a su identidad.

A diferencia de lo comentado hasta aquí, diferentes visiones de los últimos tiempos se han ocupado del modo en que un área dada es considerada un lugar, y lo han hecho sin apelar de modo central al concepto de comunidad. Entre ellas, se destacan algunas provenientes de la geografía, como las propuestas de Massey, y otras que, como la teoría de la estructuración, desde un campo distinto del geográfico, rescatan construcciones teórico-metodológicas arraigadas en una tradición geográfica, como lo es la *time-geography*. El potencial que encierran estas propuestas motiva que sea conveniente considerarlas en detalle.

Lugar, espacio y escalas de análisis

Respondiendo a Harvey, Massey (1993; 1994) propone una perspectiva para el análisis del lugar que supere la visión reaccionaria de quienes observan en él una especie de refugio a la inseguridad que provoca el proceso de comprensión espacio-temporal, en la medida en que aquél se constituiría en sede de identidad no problemática y de estabilidad.

La noción de lugar con que operan gran parte de los trabajos académicos y casi todo el sentido común, es asimilada, por Massey, a una raíz heideggeriana; ésta resulta problemática básicamente porque ve al lugar como un dador de identidad basada en su historia interna y porque requiere, para la identificación de un lugar, del trazado de fronteras que delimiten claramente y en forma discreta un área. Como alternativa, la autora ofrece una caracterización del lugar en la que es posible reconocer a la identidad del mismo a partir de un proceso producido dentro de una constelación de relaciones que involucran al lugar en sus relaciones con el afuera.

La perspectiva de Massey posee varias ventajas: permite la superación del inmovilismo con que se identifica habitualmente a los lugares, no necesita del establecimiento de fronteras precisas para la identificación de los mismos (los lugares podrían, en parte, superponerse o estar formados por áreas no necesariamente contiguas), considera la posibilidad de conflictos en el interior de los lugares (la identidad no es necesariamente única ni armónica) y concibe a la identidad como factible de reproducirse y modificarse a partir de diferentes fuentes:

[...] la especificidad del lugar deriva también del hecho de que cada lugar es un foco de una mixtura distinguible, para amplias y supralocales relaciones sociales, sumado a que la yuxtaposición de esas relaciones pueden producir efectos que no tendrían lugar en otra parte. [...] Esto es el sentido del lugar, una comprensión de su carácter, que sólo puede ser edificado a través de la relación del lugar con lo que está más allá de él. Un progresivo sentido del lugar reconocería, sin ser amenazado por esto, que existe precisamente en la *relación* entre lugar y espacio. (Massey, 1993: 68)

La «estetización de la política» criticada por Harvey, puede así ser superada a través de esta perspectiva en la que la identidad de un lugar deriva menos de una historia internalizada que de su especificidad de relaciones con «el afuera» (Massey, 1994). Es posible observar algunos puntos de contacto entre esta propuesta y el esquema de Taylor, diseñado en base a la existencia de tres escalas: la economía-mundo, o escala de la realidad; el Estado-nación, o escala de la ideología, y lo local, o escala de la experiencia (Taylor, 1994). El contacto puede apreciarse sobre todo si se tiene en cuenta que ambos autores⁴ no conciben a

4. También Agnew incorpora la consideración de escalas extralocales. A este autor se hará referencia más adelante.

lo local como un mundo en sí mismo y, en cambio, acentúan sus relaciones constitutivas con escalas más abarcativas⁵.

Podemos concluir que este tipo de posturas contribuyen a la necesaria problematización del concepto de lugar, a la vez que operan en la dirección de superar las limitaciones de perspectivas que enfatizan las actitudes nostálgicas propias de las líneas de pensamiento comentadas anteriormente. Resulta útil, en este punto, hacer referencia a la teoría de la estructuración y a sus vinculaciones con el discurso geográfico, principalmente porque constituye una aproximación teórico-metodológica con un gran potencial para una reconsideración crítica del modo en que los lugares se construyen a través de prácticas sociales.

Teoría de la estructuración y conceptualización del lugar

La teoría de la estructuración⁶ se ha valido de algunos postulados de la *time-geography* de origen sueco, identificada con la escuela de Lund y con Hägerstrand, su principal referente. Con la recuperación, por parte de Giddens, de la producción de Hägerstrand, fue promovida una reproblematicación del concepto de lugar: en vez de decidir que los lugares «están allí» y que son portadores de identidades comunitarias, quienes trabajan con la teoría de la estructuración comenzaron a hacerse preguntas referidas a los lugares y a su constitución como tales.

En líneas generales, la teoría de la estructuración propone la superación de un dualismo histórico: el que existe entre las características estructurales y las prácticas sociales. Dado que la teoría de la estructuración no contempla la posibilidad de existencia de inevitabilidades, necesidades ni mecanismos de cambio transhistóricos (Cohen, 1995), el concepto de prácticas sociales se convierte en central en el momento de abordar el proceso de estructuración (esto incluye tanto a la reproducción como a la alteración) del sistema de relaciones sociales. De este modo:

El interés de la *time-geography* para la teoría de la estructuración es evidente. La *time-geography* se ocupa de las restricciones infraestructurales que dan forma a las rutinas de la vida cotidiana y comparte con la teoría de la estructuración el énfasis puesto en el significado del carácter práctico de las actividades diarias, en circunstancias de copresencia para la constitución de una conducta social. (Giddens, 1985: 269)

5. En Taylor es posible derivar cierto «tamaño» territorial asignado a lo local, en tanto éste sería de menor magnitud que el Estado-nación. En Massey, en cambio, el lugar podría poseer diversos órdenes de magnitud.
6. Las primeras referencias a la estructuración aparecieron en 1927, en la obra de Gurvitch, quien introdujo los términos *desestructuración* y *reestructuración* en el uso corriente; sin embargo, las actuales menciones a la teoría de la estructuración hacen referencia a las formulaciones expuestas, principalmente, por Anthony Giddens (Cohen, 1995).

Dado que las prácticas sociales se materializan habitualmente en algún ámbito de implantación geográfica, el problema de la localización de las mismas ha ocupado un sitio de importancia para esta perspectiva. La confusión que el discurso geográfico ha mantenido entre lugar y localización, condujo a Giddens a sugerir el empleo del término *locale* cuando se pretende hacer referencia a aquellos ámbitos físicos en que se constituyen las relaciones sociales.

Recuperada por la perspectiva estructuracionista, la *time-geography* tiene su principal fundamento en el hecho de identificar las restricciones a la socialización que imponen los límites del cuerpo y los contextos físicos en que una actividad se lleva a cabo. Estas restricciones pueden ser identificadas con la indivisibilidad del cuerpo humano, con la finitud del lapso de vida, con la falta de capacidad para participar en más de una tarea localizada por vez, con el hecho de que un movimiento espacial implica un movimiento temporal y con la limitada capacidad de contención de un espacio-tiempo dado (dos cuerpos no pueden ocupar, a la vez, el mismo lugar). Estos factores condicionan las posibilidades de interacción en los recorridos diarios, anuales o vitales de los individuos (Giddens, 1985).

Así, el tamaño del espacio-tiempo disponible para un individuo en un día, queda limitado a una especie de «prisma» cuyos muros son tanto espaciales como temporales; estos prismas constituyen el ámbito donde se desarrollan los «proyectos» de ese individuo. Hägerstrand (1996) considera que no disponemos de una palabra enteramente satisfactoria para designar el tipo de representación gráfica de estos prismas por él propuesto. Sin embargo, considera que la más conveniente sería *diorama*, un término para denominar a las instalaciones de los museos que presentan animales y personas en su entorno habitual.

Luego de analizar parte de su propia vida desde los postulados de la *time-geography*⁷, Hägerstrand asegura que

[...] las sociedades humanas poseen una capacidad limitada para dar lugar a proyectos, dado unos determinados valores y tecnologías. Si se trata de entender lo que Giddens, Pred y otros llaman «estructuración», resulta entonces una tarea esencial estudiar la fuerza relativa de los proyectos en competencia. Pero, luego, los factores en acción sólo pueden ser totalmente apreciados desde una perspectiva de diorama. (Hägerstrand, 1996: 671-672)

Giddens afirma que la *time-geography* constituye una buena forma de notación para la intersección de trayectorias espacio-temporales de la vida cotidiana. A la vez, asegura que esta perspectiva posee gran interés para el análisis

7. Hägerstrand, según su propia expresión, debido a una sugerencia de Anne Buttimer, realizó un análisis de la cotidianidad de su pueblo natal según la geografía temporal, destacando el modo en que la «vida moderna», representada en aquel caso por la instalación de un establecimiento industrial y del ferrocarril, alteró las rutinas cotidianas de los habitantes y colaboró en construir una geografía diferente (Hägerstrand, 1996).

sociológico estructuracionista debido a su capacidad para sensibilizar con respecto al medio y para concentrar la atención en las rutinas cotidianas que constituyen el núcleo de las instituciones sociales; también, asegura, posee gran relevancia para la construcción de representaciones gráficas a partir de las que es posible realizar análisis pertinentes relativos a la estructuración social. Sin embargo, sostiene que se hace necesaria una mayor teorización, tanto acerca de los agentes como de los escenarios de interacción (Giddens, 1984).

A su vez, Giddens destaca que las estaciones de la *time-geography* se parecen a cajas negras, debido a que el principal interés radica en el movimiento que se da entre ellas. Sin embargo, las consecuencias de esta deficiencia, según el autor británico, disminuyen a partir de la adopción del concepto de *locale* —ámbito físico en que se constituyen las relaciones sociales:

Los *locales* pueden tener un rango que abarque desde una habitación en una casa, una esquina, la planta de una fábrica, pueblos y ciudades y hasta áreas ocupadas por Estados nacionales [...]. Una de las razones que me conduce a preferir el término *locale* al de *lugar*, es que las propiedades de los escenarios reciben un uso sistemático por parte de los agentes en la constitución de encuentros por determinado espacio y tiempo. Un elemento evidente de esto es el aspecto físico de lo que Hägerstrand denomina «estaciones» —o sea «lugares de parada» donde la movilidad física de trayectorias de agentes se suspende o resulta reducida por la duración de encuentros u ocasiones sociales— en tanto locales donde hacen intersección las actividades de rutina de diversos individuos. Pero los aspectos del escenario también se usan, como rutina, para constituir el contenido significativo de una interacción. (Giddens, 1985: 272)

Thrift (1983) considera como un punto importante el hecho de que, desde la perspectiva estructuracionista y tal como expresa la precedente cita de Giddens, los locales quedan exentos del problema de la escala. Para Thrift, esto posee singular relevancia, ya que de esta forma es posible efectuar análisis que tengan en cuenta que el fenómeno de convergencia espacio-temporal ha contribuido a diferenciar las formas de interacción de los distintos grupos sociales, por ejemplo, la forma en que las clases medias «actúan» en espacios más extensos que aquéllos en los que «actúan» los sectores populares. Sin embargo, Agnew manifiesta algunas reservas con respecto al uso del término *locale*, ya que lo considera como mucho más circunscripto que el tradicional concepto de lugar utilizado por los geógrafos. Del mismo modo, sostiene que lugar puede ser entendido, a la vez, como *locale*, localización y sentido del lugar (Agnew, 1987).

Si bien parece obvio que, debido al desarrollo de la teoría de la estructuración, han soplado vientos renovadores que impulsan un debate más profundo en torno al concepto de lugar en geografía —especialmente en la tradición anglosajona—, también han aparecido algunas críticas referidas a la forma que ha adoptado la lectura recíproca entre teóricos sociales estructuracionistas y geógrafos.

Al respecto, Entrikin (1991) sostiene que si bien la teoría de la estructuración ha significado una gran ayuda para los geógrafos al proporcionar una posibilidad de conectar entornos y prácticas cotidianas, estos mismos geógrafos, en

ocasiones han forzado las aplicaciones de la teoría más allá, tanto de lo que postulan sus autores como de sus posibilidades efectivas.

Por su parte, Gregory (1994) sostiene que Giddens ha tenido una audiencia receptiva en un importante sector de la geografía humana debido a que combinó rigor filosófico y teórico con una especial sensibilidad dirigida hacia el lugar. Esta audiencia ha estado constituida principalmente por geógrafos pospositivistas y por otros vinculados al desarrollo del materialismo histórico-geográfico (Gregory, 1994). Sin embargo, manifiesta algunas reservas con respecto a la apropiación crítica que Giddens hizo de la *time-geography*. Particularmente, considera que la importancia de la *time-geography* es mucho más que metodológica; para él, el hecho de reducirla a un conjunto de modelos destinados a hacer posible la traza de trayectorias en tiempo y espacio, equivale a tratarla como a una expresión más de ciencia espacial, lo que resulta incorrecto si se tiene en cuenta que la visión de Hägerstrand es profundamente ecológica, a la vez que resulta una forma de registro de la «no existencia momentánea» de entidades en constante flujo de presencias y ausencias entrelazadas. Para Gregory, la lectura de la *time-geography* que realiza Giddens no resulta totalmente satisfactoria en función de que éste trata a la misma más como un sistema de notación que como un modo de conceptualización de la relación entre espacio y tiempo; relación que, en términos de Hägerstrand, constituye la «estructura granular» de la vida social (Gregory, 1994).

El debate acerca de las relaciones entre teoría de la estructuración y *time-geography* sigue abierto y con él arrastra —afortunadamente— a la noción de lugar para colocarla en el centro de la discusión. Esto constituye una saludable oportunidad para la geografía, por medio de la cual se crea un ámbito desde el que es posible reconsiderar a uno de sus conceptos más clásicos y acríticamente utilizados: el de lugar.

Comentarios finales

No debe olvidarse que si, como sugieren Smith y Katz (1993), en el lenguaje de la investigación social aparecen frecuentemente metáforas territoriales, resultaría conveniente seguir ahondando en la discusión acerca del concepto de lugar, a fin de despojarlo de su condición aséptica y de reforzarlo en su condición de categoría factible de ser debatida en cuanto a su significado, con el objetivo de superar la desproblematización con que se ha hecho referencia tradicionalmente a él y su uso como término familiar de esas metáforas en las que la dimensión espacial aparece frecuentemente fetichizada (Urry, 1995).

La selección y clasificación de posturas realizada en este trabajo es, obviamente, arbitraria y podría extenderse incorporando otras perspectivas. Sin embargo, la presentación efectuada intenta colaborar en dos direcciones. La primera podría definirse como la crítica a la noción de lugar más frecuente en el sentido común, en el debate político y en algunas perspectivas de las ciencias sociales. La segunda tiene como objetivo proponer un ámbito de reflexión desde el cual intentar una aproximación a la cuestión del lugar que, entre otras

aplicaciones, pueda resultar útil a un debate más profundo acerca de la legitimidad de algunas propuestas políticas, como las vinculadas al desarrollo local.

Con respecto a esta última dirección, se ha destacado aquí la utilidad que presentan perspectivas como las de Massey, o como las derivadas tanto de la teoría de la estructuración como de las críticas realizadas a ella. En efecto, creemos que es posible construir un ámbito de debate tomando como puntapié inicial los escenarios planteados por estas argumentaciones. Las preguntas que se construyan en este ámbito, seguramente resultarán enriquecedoras en muchas direcciones en que el concepto de lugar está siendo utilizado sin demasiado análisis crítico previo. Allan Pred⁸, tal vez el principal referente de la *time-geography* en el mundo anglosajón, sostiene que la propuesta de Hägerstrand posee capacidad para arrojar luz, tanto sobre los viejos problemas de los geógrafos regionales e históricos como los de los «modernos» geógrafos humanos, a la vez que encierra la promesa de identificar nuevas cuestiones de gran relevancia social y académica. Al respecto, la *time-geography* tendría algo valioso que aportar con respecto a la profunda estructura de las interacciones entre individuo e individuo, individuo y elementos del entorno natural e individuo y elementos del entorno construido (Pred, 1996).

Por otra parte, los puntos de vista que vinculan la constitución de los lugares con procesos de diferenciación con el afuera, sitúan a éstos últimos al menos en el mismo nivel que los procesos internos tendientes tanto a la homogeneización comunitaria como a la consolidación de identidades. La velocidad e intensidad de los flujos del mundo actual convierten a esta perspectiva en una mirada muy pertinente para el análisis de los lugares.

En todo caso, los puntos de vista comentados constituyen dos formas —obviamente, muchas otras son posibles— en que la geografía puede contribuir a superar el sentido común con que se observa a los lugares; sentido común que no sólo es identificable en los discursos cotidianos más o menos vulgares, sino también en muchos discursos académicos del campo de las ciencias sociales y, bastante frecuentemente, en el discurso político, especialmente cuando se debate en torno al desarrollo local.

Bibliografía

- AGNEW, J. (1987). *Place and politics*. Boston: Allen Unwin.
- AGNEW, J.; LIVINGSTONE, D.; ROGERS, A. (1996). *Human Geography. An essential anthology*. Oxford: Blackwell.
- BODEN, D.; MOLOTCH, H. (1994). «The compulsion of proximity». En FRIEDLAND, R.; BODEN, D. (eds.). *Now, here. Space, time and modernity*. Berkeley: University of California Press.
- BUTTNER, A. (1985). «Hogar, campo de movimiento y sentido del lugar». En GARCÍA RAMON, M. D. *Teoría y método en la geografía humana anglosajona*. Barcelona: Ariel [original de 1978].

8. Allan Pred se formó directamente con Hägerstrand, en Suecia, a partir de los comienzos del desarrollo de la *time-geography*, durante la década de 1970.

- COHEN, I. (1987). «Teoría de la estructuración y *praxis* social». En GIDDENS, A. y otros. *La teoría social hoy*. Madrid: Alianza.
- (1995). «Structuration». En OUTHWAITE, W.; BOTTOMORE, T. (eds.). *The Blackwell Dictionary of Twentieth-century Social Thought*. Oxford: Blackwell.
- DE OLIVER, M. (1996). «Historical preservation and identity: the Alamo and the production of a consumer landscape». *Antipode*, 28 (1), p. 1-23.
- ELIAS, N.; SCOTSON, J. (1994). *The Established and the Outsiders*. Londres: Sage Publications.
- ENTRIKIN, J. (1991). *The Betweenness of Place*. Baltimore: The John Hopkins University Press.
- ESCOLAR, M. (1996). «Fabricación de identidades y neocorporativismo territorial». En HERZER, H. (comp.). *Ciudad de Buenos Aires. Gobierno y descentralización*. Buenos Aires: CEA-CBC.
- GARCÍA RAMÓN, M.D. (1985). *Teoría y método en la geografía humana anglosajona*. Barcelona: Ariel.
- GIDDENS, A. (1985). «Time, Space and Regionalisation». En GREGORY, D.; URRY, J. (eds.). *Social Relations and Spatial Structures*. Londres: Macmillan.
- (1995). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GOSDEN, C. (1994). *Social being and time*. Oxford: Blackwell.
- GREGORY, D. (1994). *Geographical Imaginations*. Oxford: Blackwell.
- HÄGERSTRAND, T. (1996). «Diorama, Path and Project». En AGNEW, J.; LIVINGSTONE, D.; ROGERS, A. (eds.). *Human Geography. An Essential Anthology*. Oxford: Blackwell [original de 1982].
- HARVEY, D. (1989). *The Condition of Postmodernity. An Enquiry into Origins of Cultural Change*. Oxford: Blackwell.
- MAFFESOLI, M. (1990). *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*. Barcelona: Icaria [edición original de 1988].
- MASSEY, D. (1993). «Power - geometry and progresive sense of place». En BIRD, J. y otros (eds.). *Mapping the futures. Local cultures, global changes*. Londres: Routledge.
- (1994). *Space, place and gender*. Cambridge: Polity Press.
- MORAES, A. (1987). *Geografía. Una pequeña historia crítica*. São Paulo: Hucitec.
- NOGUÉ, J. (1989). «Espacio, lugar y región: hacia una nueva perspectiva geográfica regional». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 9, p. 63-79.
- PRED, A. (1996). «The Choreography of Existence: Comments on Hägerstrand's *Time-geography* and its Usefulness». En AGNEW, J.; LIVINGSTONE, D.; ROGERS, A. (eds.). *Human Geography. An Essential Anthology*. Oxford: Blackwell [original de 1977].
- RELPH, E. (1976). *Place and Placelessness*. Londres: Pion.
- SMITH, N.; KATZ, C. (1993). «Grounding metaphor: Towards a spacialized politics». En KEITH, M.; PILE, S. (eds.). *Place and the politics of identity*. Londres: Routledge.
- TAYLOR, P. (1994). *Geografía política. Economía-mundo, Estado-nación y localidad*. Madrid: Trama.
- THRIFT, N. (1983). *Spatial formations*. Londres: Sage.
- TUAN, Y-F. (1996). «Space and Place: Humanistic Perspective». En AGNEW, J.; LIVINGSTONE, D.; ROGERS, A. (eds.). *Human Geography. An Essential Anthology*. Oxford: Blackwell [original de 1974].
- URRY, J. (1995). *Consuming places*. Londres: Routledge.
- WILSON, D. (1996). «Metaphors, growth coalition discourses and black poverty neighborhoods in a U.S. city». *Antipode*, 28 (1), p. 72-96.